

La escuela que yo conocí

María Antonia Moreno Cifuentes

Museo Arqueológico Nacional

El presente artículo es mi modesto y pequeño homenaje a la Escuela Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales (ESCRBC) en el 50 aniversario de su creación. También quiero aprovechar esta oportunidad que el equipo organizador de esta publicación conmemorativa me ha brindado¹ para recordar y testimoniar mi cariño y respeto a las personas que conocí durante mis años en la Escuela, muchas de las cuales me han ayudado y acompañado en mi vida profesional. Desde aquí quiero mostrar mi agradecimiento a los profesores, algunos de los cuales ya no están entre nosotros, que con sus enseñanzas me hicieron comprender la importancia de la conservación y restauración.

1. Quiero agradecer el ofrecimiento para realizar este artículo, especialmente, a la profesora Carmen Dávila Buitrón, compañera durante 23 años en el Departamento de Conservación del Museo Arqueológico Nacional. De ese tiempo han quedado muy buenas experiencias pero, sobre todo, una amistad de la que me siento muy orgullosa.

No quiero pecar de un excesivo protagonismo porque el objetivo de este trabajo es hablar de nuestra querida Escuela, pero me gustaría hacer un breve apunte para explicar las razones por las que me hice restauradora y que, además, me sirven para revivir aquellos años irrepetibles de mi paso por ese Centro.

La Escuela de Conservación y Restauración marcó un antes y un después en mi actividad profesional, tal como ya la había planteado durante los años de formación en la Universidad Complutense de Madrid. Estudiando la especialidad de Historia del Arte tuve magníficos profesores, algunos de los cuales son hoy día referentes en los estudios de Arte e Historia, pero el Curso Monográfico sobre Conservación Arqueológica del profesor Gratiniano Nieto Gallo me abrió los ojos a una perspectiva que yo nunca antes había contemplado. Evidentemente su impulso para

la creación del Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte (ICROA) y de la propia Escuela ha sido un hecho fundamental en el desarrollo de la Conservación y Restauración en España.

Las clases que él impartía me hicieron comprender la importancia de los materiales compositivos y su conservación. En aquellos años, principios de los 70, en la especialidad se nos mostraba la Historia del Arte en toda su dimensión: grandes artistas, obras fundamentales en la historia del hombre, importantes escuelas creativas, estilos artísticos y su evolución, etc. Pero nunca en aquellas clases se nos hablaba de cómo diferenciar una técnica al fresco, cómo se fabricaba un mosaico romano, la distinción entre pintura sobre tabla o lienzo, las distintas pastas y barros usados en la elaboración de recipientes, las técnicas escultóricas, etc...

Desde la perspectiva de la formación universitaria, los términos conservación y restauración me resultaban totalmente novedosos y desconocidos, hasta que asistí al Curso del profesor Gratiniano Nieto. Desde el primer momento llamaron mi curiosidad términos como: carbonatos, sales, adhesivos, disolventes –Xileno, o Xilol al que durante algún tiempo confundí onomatopéyicamente con el limpiametales Sidol...-, análisis, test de cloruros, etc...

Estas enseñanzas despertaron mis ganas de saber más sobre la importancia de conservar para el futuro. El siguiente paso fue plantearme estudiar la carrera de restauración que se cursaba en una Escuela que se llamaba *Escuela de Artes Aplicadas a la Restauración*, especialmente dedicada a la formación de técnicos especializados en dos disciplinas: arqueología y pintura.

Había dos impedimentos que en esos momentos me parecieron insalvables: se debía pasar un examen de ingreso y había un reducido número de plazas. Dejé pasar un tiempo en el que mi interés por la arqueología creció, tras haber pasado por las clases del profesor Almagro Basch y por los campos de trabajo de verano que se realizaban en varios yacimientos.

En uno de estos campos de trabajo, en la villa romana de Balazote (Albacete), coincidí con dos restauradores del Museo Arqueológico Nacional, Francisco Gago y Alfonso García, que trabajaban levantando y «arrancando» –en términos usados en esos años- varios mosaicos para

trasladarlos al nuevo Museo de Albacete. Aquellos trabajos y prácticas me parecieron totalmente efectivos y a la vez expeditivos: con unas telas de algodón o tarlatana, cola de conejo y unos cortes diestramente diseñados se separaban las teselas del mortero de base y del propio suelo. Para mí fue muy interesante aquella experiencia y el factor definitivo a la hora de decidirme a ingresar en la Escuela para estudiar la especialidad de Arqueología.

Recuerdo la llegada al Museo de América el día del examen, un caluroso día de septiembre de 1976, y a los aspirantes preparados con nuestros instrumentos de dibujo, entre los que se encontraban los famosos y comúnmente usados “Rotring” con punta de diferentes grosores: de 0,1 hasta 0,20 mm, aunque no puedo recordar el grosor exigido para la prueba. Mi mayor miedo en esos momentos era encajar bien la pieza que me tocara en suerte, sombrear de forma limpia y comprensible pero, sobre todo, que no me cayera un borrón de tinta sobre el dibujo... Recuerdo que me tocó una pequeña escultura sedente egipcia. Poco podía yo imaginar entonces cómo Egipto estaría presente años más adelante en mi profesión...

Las prácticas de dibujo en casa de amigos, con tazas y platos como modelos, hechas durante varias semanas antes de la prueba, dieron buen resultado, así como el ejercicio de Historia del Arte con diapositivas que debíamos completar y un examen / entrevista final sobre criterios y conocimientos de conservación.

Desde el primer momento me impactaron las enseñanzas prácticas que se llevaban a cabo en los talleres ubicados provisionalmente, al igual que toda la Escuela, en la planta baja del Museo de América. Es una impresión que todavía recuerdo con cariño y un punto de nostalgia: el espacio del taller de prácticas, compartido con los compañeros de los tres cursos de la especialidad de Arqueología, su luminosidad y vistas a los jardines universitarios y, sobre todo, el olor... la mezcla de disolventes, materiales de limpieza, instrumental, los propios objetos, el ambiente tan distendido y poco académico existente me gustaron y pensé que había hecho una buena elección.

Las clases prácticas compartidas con los compañeros de los otros dos cursos nos daban la posibilidad de ver muchos y diferentes objetos y

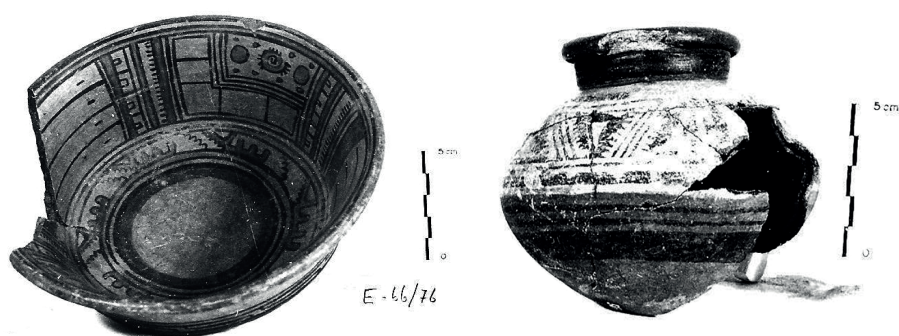
materiales, tratamientos muy variados y establecer una relación entre nosotros que en algunos casos ha durado durante años.

Las clases con la profesora M^a José Alonso, en las que nos inició en los trabajos con escayola para dar forma a figuras en forma piramidal, redonda, cuadrada, etc. me parecieron poco interesantes al inicio, pero más tarde y ahora he comprendido la importancia de aquellas tareas: aprender a tocar, detectar y reconocer materiales.

Actualmente, con toda la tecnología y medios analíticos a nuestro alcance, es impensable acometer una intervención sobre un objeto sin conocer previamente su fabricación y sus problemas de conservación. Pero no debemos olvidar la parte manual que implica la acción de restaurar. «Tocar» una pieza nos da una información de primera mano que es fundamental: textura, morfología, peso, temperatura y, evidentemente, roturas, desgarros y deterioros.

Las primeras experiencias de restaurar objetos cerámicos procedentes del Museo de América y del Museo Arqueológico Nacional eran para mí algo impensable al inicio de los estudios. Esas cerámicas que veíamos en las vitrinas de los museos las podíamos limpiar, pegar, reintegrar y recuperar en sus formas originales. Nunca olvidaré algunos de los recipientes precolombinos y romanos que intervinimos mis compañeros y yo en 1^o de la especialidad.

Imágenes 1 y 2.
Recipientes precolombino y romano intervenidos en la escuela.



Tampoco puedo olvidar los consejos de la profesora Alonso sobre el orden y la limpieza que un restaurador debe mantener siempre en el lugar de trabajo... Cuántas veces he recordado estas enseñanzas y cuántos ríes y rafes al respecto tuvimos en más de una ocasión.

Imagen 3. Estatuilla del dios Lar restaurada por la autora durante su formación en la ESCRBC.

En el 2º curso se comenzaban las clases prácticas sobre metales, impartidas por el profesor Miguel Peinado. Allí aprendí a distinguir entre bronce, hierros y aleaciones de cobre, estaño, cinc...; en mi cabeza un instrumento de metal era algo «duro y resistente», del que no tenía ni la más mínima idea de cómo se fabricaba... En ese año comprendí lo interesante, diverso y complicado que es el mundo de la metalurgia y la importancia de las aleaciones. También estas clases me enseñaron a entender las antiguas migraciones por el Mediterráneo para buscar en la Península Ibérica tan preciados materiales.

Términos como molde a la cera perdida, electrolisis, reducción electroquímica, estabilización, inhibición, etc., los entendimos a base de distinguir entre unas técnicas de fabricación de otras y con variados tratamientos de restauración que llevábamos a cabo entre los compañeros. En ese año practicamos con hierros y bronce que, también, procedían de distintos museos. Con el paso de los años volvieron a caer en mis manos los instrumentos de labranza de Fuentespreadas (Zamora), conservados en el Museo Arqueológico Nacional, y varias figuras de dioses *lares* del mismo museo.



También recuerdo como anécdota los impactos que producía el tubo de goma de ajuste entre la columna de desmineralización portátil y la grifería del taller cuando la presión de agua era demasiado fuerte, con una conexión no excesivamente perfeccionada. Era la broma que cada año se repetía cada vez que ingresaban nuevos alumnos... a la voz de «todos al suelo».

En ese periodo recibimos varias lecciones prácticas de dorado y escultura policromada, como complemento a nuestra formación de restauradores de arqueología, y que impartían los profesores Mohedano y Yudes. Las clases nos adentraron en estas técnicas artísticas de las que había oído hablar en la facultad de Historia, pero de las que desconocía absolutamente su proceso de creación. Términos como estuco de dorador, bol rojo, pan de oro, bruñido, polonesas, etc. nos ayudaron a entender la fabricación de muchos retablos o esculturas y sus causas de alteración. También recuerdo los sobresaltos de todos nosotros cuando, debido a la inoportuna apertura de una puerta o ventana, unido a nuestra inexperiencia, las láminas de pan de oro se escapaban de las manos y «volaban» por el taller...

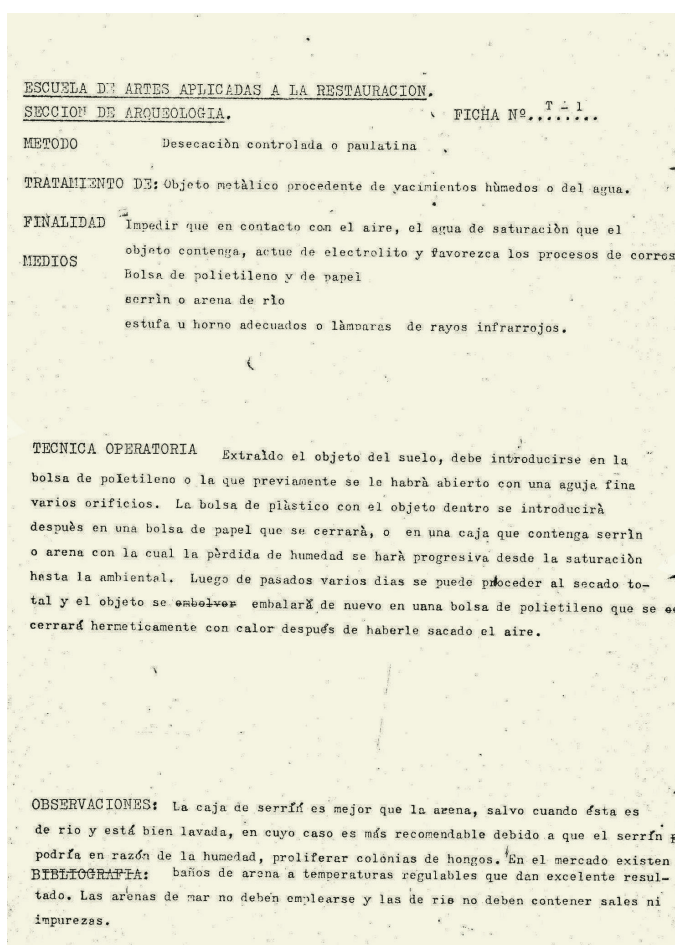
El Curso 3º fue un año en el que ingresó como profesor Raúl Amitrano que nos inició en la restauración de materiales silíceos, especialmente vidrio. Los Museos de Mérida y Arqueológico Nacional nos aportaron vasos y recipientes para las prácticas. Es el año en el que la reintegración con resina de poliéster transparente se hizo presente en nuestras vidas... Nunca olvidaré el olor.

También fue el año del «Encierro». El claustro de profesores, con su director Leocadio Melchor al frente, y los alumnos se encerraron en la Escuela día y noche para conseguir mejoras que la sociedad y la enseñanza de la conservación y restauración requerían. Era el año 1979 y la sociedad española estaba en un proceso de cambios importantes que incluían la creación de una nueva sede para la formación de los restauradores, mejoras importantes en la situación del profesorado, avance en los planes de estudios y reconocimiento de una titulación adecuada y de la profesión misma. Gracias a las noticias del encierro en la prensa, la Escuela se hizo visible en la sociedad del momento, muchas de aquellas reivindicaciones se consiguieron y se puso en evidencia la importancia de conservar y restaurar nuestro patrimonio.

No quiero dejar de mencionar en la Escuela que yo conocí a los profesores que nos daban las clases teóricas. Para algunos de ellos los de mi Curso fuimos sus primeros alumnos y quiero pensar que siempre ha habido una conexión especial entre ellos y nosotros.

Imagen 4. Ficha de la asignatura de Química aplicada.

El profesor Javier Peinado nos introdujo en el mundo de la química aplicada a la restauración. Siempre agradeceré su empeño en hacernos comprender la importancia de la química a la hora de distinguir y elegir los materiales y tratamientos más adecuados para cada caso, especialmente a los alumnos que teníamos una formación en historia y que, en mi caso, había abandonado hacía tiempo las enseñanzas «científicas». Sus prácticas en la sede del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de la calle Serrano nos llevaron a comenzar la recopilación de fichas de productos y tratamientos, fácilmente comprensibles y útiles que me han ayudado posteriormente en mi vida profesional.



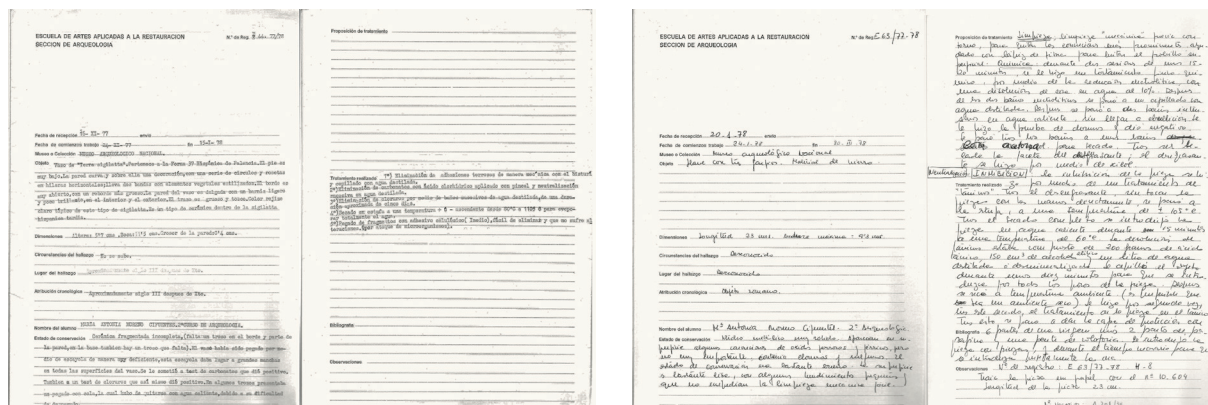
El profesor Santiago Valiente nos impartía las clases de Arqueología e Historia, que incluyeron prácticas de Arqueología de campo en Illescas (Toledo) y en Valeria (Cuenca). Los trabajos en aquellos yacimientos eran el contacto primero e importante del restaurador con el objeto excavado y la iniciación de las primeras intervenciones de restauración, fundamentales para los tratamientos posteriores en el laboratorio.



Imagen 5. Los alumnos Antonio Sarrionandía, Josefina Molina y José Antonio Minguell, con el profesor Santiago Valiente, en un viaje de prácticas en Toledo en mayo de 1977.

La profesora M^a José Alonso impartía clases teóricas de composición y alteración de materiales, productos, tratamientos y criterios de intervención. Su hincapié en las consultas bibliográficas siempre ha sido fundamental en nuestra formación, orientándonos a leer y consultar los estudios de los pioneros y estudiosos de los nuevos conceptos de conservación y restauración. Siempre me ha acompañado el primer libro que, por su consejo, me compré nada más ingresar en la Escuela: *La conservación de antigüedades y obras de arte*, de H. J. Plenderleith.

La metodología de trabajo y documentación de los procesos de restauración son dos pilares en los que se basaron, en mi criterio, las enseñanzas en aquellas clases desde el inicio de la carrera. Hacer unas propuestas previas de tratamiento de cada objeto se acompañaban con fichas y fotografías en las que se dejaba constancia de los métodos de limpieza, consolidación, reintegración y productos utilizados.



Imágenes 6 y 7. Fichas con los informes de tratamiento.

Imagen 8. Las alumnas Guillermina Armendáriz y Carmen Pérez de Andrés en una excursión de prácticas de Fotografía con el profesor Juan Jiménez Salmerón, en 1976-77.

Las clases de dibujo eran divertidas y amenas, aunque en ocasiones los dibujos no salieran todo lo perfectos que el profesor José Raboso deseaba. Las clases teórico-prácticas de Dibujo y Topografía con el profesor Raboso no las olvidaré jamás. Han sido una de las experiencias más gratificantes que he tenido en la Escuela. Incluso los fines de semana «nos enredaba» para fotografiar y topografiar una cueva cerca de Tamajón (Guadalajara). Hay que aclarar que nosotros no necesitábamos que se nos propusiera dos veces y en estas excursiones también participaban alumnos de otros cursos, familiares –hijos, mujeres, novias- y amigos.

Estas salidas para practicar Topografía eran en ocasiones hechas conjuntamente con el profesor de fotografía Juan Jiménez Salmerón. Hicimos innumerables fotos en los alrededores de Madrid: Toledo, Talamanca del Jarama, Nuevo Baztán, etc. Hay que tener mucha fe en la capacidad fotográfica de tus alumnos para poner en manos de aquellos estudiantes inexpertos una cámara *Hasselblad*... y, además, con negativos de *6x6*!!! No he hecho unas fotos mejores en mi vida y qué duda cabe de que el mérito no era mío.



Las clases de Museología y Conservación que nos impartía el profesor Vicente Viñas eran compartidas con los compañeros de la especialidad de Pintura. En estas clases se nos enseñó a valorar y estudiar la conservación en los museos, no solamente desde el punto de vista expositivo sino como contenedores de obras patrimoniales. La importancia de las condiciones medioambientales que rodean los objetos eran términos que se explicaban en estas clases de forma explícita para ayudar a comprender que una pieza necesita estar conservada y expuesta con una temperatura, humedad e iluminación adecuadas para su preservación a corto, medio y largo plazo.

Tampoco quiero olvidar al personal de vigilancia y apoyo de la Escuela en aquéllos años, especialmente nuestro querido y recordado bedel Sr. Cerezo. Siempre nos ayudaba y aconsejaba con su buen carácter, siendo un personaje que no pasaba inadvertido.

Los tres años en la Escuela pasaron demasiado deprisa para mi gusto y desde entonces siempre he procurado tener una relación constante con los profesores y alumnos. En los momentos iniciales de mi vida profesional siempre acudí a ella y jamás me defraudó porque me brindaron apoyo y consejos en el momento de montar un taller, compra de materiales o elección de los tratamientos más adecuados en momentos de indecisión y dudas.

Para finalizar quiero dedicar un cariñoso recuerdo a mis compañeros de la promoción de 1976-1979, algunos de los cuales abandonaron la profesión por diversas causas, especialmente porque en aquellos años no había mucho trabajo de restauración y sí mucho intrusismo profesional. Otros de estos compañeros desgraciadamente se nos han ido demasiado pronto con unas carreras profesionales brillantes y muchas cosas pendientes por hacer; es el caso de José Antonio Minguell, restaurador del Ayuntamiento de Zaragoza; Leandro de la Vega, restaurador del Instituto de Patrimonio Cultural de España (IPCE), o mi querida Carmen Pérez de Andrés, posteriormente conservadora de museos, amiga y compañera del alma con la que compartí trabajos y, sobre todo, muchas vivencias. En esa promoción estaban también Josefina Molina, restauradora del Museo de Mérida, Guillermina Armendáriz, Antonio Sarrionandía, Ana Cebrián, Teresa Bros Cos y Antonio Martínez Llamazares; en el último curso se unió Fátima Bernaldo de Quirós. De todos ellos guardo un gran recuerdo y a todos les tengo mucho cariño.



Imágenes 9 y 10. Fotografías de grupo de la promoción 1976-79, de la especialidad de Arqueología, en las instalaciones del Museo de América; en la imagen de la derecha, con el profesor Raúl Amitrano, también triste y prematuramente fallecido (fots. ESCRBC).

Desde aquí animo a los futuros conservadores-restauradores formados en la Escuela a que nunca pierdan el contacto con la Institución porque siempre, desde mi experiencia, ha sido una referencia y apoyo para los profesionales. También animo a los responsables políticos y culturales a que faciliten el contacto e intercambio entre la Escuela, Institutos de Restauración, museos, bibliotecas, archivos y empresas de restauración, para facilitar las prácticas de formación que complementen las enseñanzas de los nuevos titulados. Los alumnos que han pasado por los museos para realizar un periodo de prácticas raramente defraudan por su formación, claridad en los criterios, conocimiento de nuevas tecnologías y de los tratamientos más adecuados.

Las prácticas de formación son fundamentales para el futuro y experiencia profesionales, porque los conocimientos básicos necesarios que se aprenden en la carrera se verán reforzados por los consejos y apoyo de profesionales con experiencia. Por otra parte, los métodos y hábitos en ocasiones muy repetidos en muchos laboratorios de restauración se verán mejorados con los conocimientos que las nuevas generaciones aportan a la profesión, ya que el intercambio entre experiencia y tecnologías recientes supone un progreso en la conservación de nuestro patrimonio cultural.

María Antonia Moreno Cifuentes (antoniamorenoc@gmail.com) fue alumna de la Escuela de Conservación y Restauración entre 1976 y 1979. También licenciada en Historia del Arte y con una amplia experiencia laboral como restauradora en los Museos de Burgos y Zaragoza y, durante 25 años, en el Museo Arqueológico Nacional. Ha participado en numerosas campañas de restauración en diversos yacimientos españoles y extranjeros, como Pompeya (Italia) y Kharaysin (Jordania), destacando sus trabajos en Egipto, donde es la responsable de la conservación-restauración de la Misión Española en Heracleópolis Magna y colabora con los Proyectos de Excavación y Conservación de los Templos de Millones de Años de Amenofis III y de Tutmosis III, en Luxor.